

EL MAYOR SARCASMO

Mi hijo, al que no quise darle todos mis ahorros que según él necesitaba para no sé que negocio, después de haberme jurado, como otras veces, que me lo regresaría aumentado, se puso furioso. Primero me recalcó la falta de confianza de un padre en un hijo que lo único que ha hecho en la vida es tratar de que yo fuera feliz. En segundo lugar me comentó que yo no sabía nada de negocios, que mi dinero no estaba produciendo casi nada, que él si me pedía era para ayudarme, para que tuviera más dinero ahora que estaba viejo. Así me dijo. Viejo. Menos mal, otras veces me ha llamado ruco, vejestorio, carcamán y quién sabe cuántos epítetos más. En tercero me preguntó que para qué quería yo tanto dinero si vivía solo, si era un ser tacaño que ni en mí gastaba el dinero, que éste se iba a podrir en lugar de servir de algo. Por último me pidió que me viera en un espejo, que era un ser acabado y que con mi pan me lo comiera. Y sí, fui a verme al espejo. Efectivamente soy un ser acabado. Arrugado, con carnes flácidas, sin dientes, con bolsas en los ojos y gran papada, barriga abultada y caída, pies chuecos y para qué seguir. Todos ustedes han visto alguna vez en la vida a un anciano decrepito. Así soy yo. Para qué ocultarlo. Del espejo fui a verme en un álbum fotográfico. En especial la foto que me tomaron en Acapulco hace muchos años, muchísimos. No había casi hoteles ni tiendas. Yo, en traje de baño, no de los chiquitos que hoy se acostumbran, sino de esos en que la parte superior llega al ombligo. Qué bien me veía. No demasiado musculoso pues tampoco se acostumbraba perder las horas en los gimnasios como ahora, pero sí sin grasa. Alto, espigado, con abundante cabellera y dientes grandes, blancos, fuertes. Así se ven en la gran sonrisa que tengo en la foto. Qué diferencia con ahora. Cerré el

álbum, me fui a servir una copa y me senté a meditar, que es cosa que hacemos los viejos cuando no tenemos otra cosa que hacer, lo cual nos sucede a diario. La primera idea que me vino es preguntar el por qué tenemos que envejecer. Sé que tenemos que morir, de otro modo no cabríamos en el mundo, pero por qué envejecer, para qué envejecer. Todos podríamos morir con buenos cuerpos, buena vista, buena dentadura, con nuestro intestino en regla, disfrutando el sexo y demás placeres terrenales. Un infarto y ya. Pero no, tenemos que irnos arrugando y perdiendo todo. Eso me llevó a las demás preguntas que los humanos se han hecho durante siglos y siglos: de dónde venimos, para qué venimos, a dónde vamos, e, t, c; e, t, c. Preguntas todas sin respuesta, por lo menos hasta el día de hoy. Después de filosofar un buen rato y tomarme la segunda copa pasé a la lectura, como debe ser. Tome la Biblia que normalmente me aburre un poco o un mucho, pero que me he propuesto leer desde la primera hoja hasta la última. Y ahí encontré el gran sarcasmo, el mayor de todos, sobre todo en este momento en que acababa de verme al espejo. ¿Cómo dice textualmente la frase? No me acuerdo pero sí del contenido. “Los seres humanos están hechos a imagen y semejanza de Dios” ¿Existe mayor sarcasmo acaso? No encuentro otro. Bueno, este ser igual a Dios tiene hambre y se va a levantar a tomar sus sagrados alimentos. Pero antes me tomaré mi tequila reglamentario. ¡Salud!

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2005